

cañones, está evidentemente en su derecho. Finalmente, debe ejercitar la opresión con relación á sus súbditos, y tenerlos constantemente sujetos, hasta el punto de no dejarlos respirar. Sólo en esta situación, reconocerán mayor poder á su autoridad.

De este modo, la política interior, como la exterior, se ha convertido en una encarnación de la violencia. Como ocurre en el mar, los peces más grandes se comen á los más pequeños. Decididamente—se dice—la época no es favorable á las existencias pequeñas; éstas no tienen más remedio que compensar la fuerza del león con la astucia de la zorra. Sin esto, todo se encamina á un solo fin, el desenvolvimiento de la grandeza y del poder. Preciso es que todo sea grande; grandes los Estados, grandes las ciudades. El gran Berlín, el gran Viena, la Gran Bretaña, son consignas, gracias á las cuales cualquiera puede rápidamente hacerse popular. Pero es un detalle que así se arruine el mundo, como en otro tiempo con la construcción de la gran Roma de Nerón. La humanidad sólo conoce dos cosas dignas de su admiración: la masa voluminosa y la violencia. Tales son los ejemplos que ofrece la vida pública, y cada cual los sigue como puede.

5. Todas las clases sin excepción tienen una responsabilidad común.—Según este cuadro, ¿quién se atrevería á negar su parte de responsabilidad en la corrupción general? Sí, todos los hombres son más ó menos responsables. Responsables son los espíritus fuertes, los librepensadores, los héroes del espíritu, y los que forman la opinión pública. Responsables son también los creyentes que se encierran tímidamente en sus casas, que, como ellos mismos afirman, no quieren desafiar al mundo, que están persuadidos de que se respetará mejor la fe, ó, por lo menos, sus personas, si se disfrazan con los pocos jirones que les arroje el liberalismo. Responsables son todos los que contribuyen por su parte á arruinar la autoridad, la religiosa en particular. Y, sobre este punto, ¿quién está exento de censura? No hay un sabio, ni un maestro de escue-

la, que no se sirva de la religión para aumentar su gloria. No hay un hombre de Estado, ni un gobierno, ni una dinastía, ni un príncipe, que no tenga que reprocharse algún deseo de mostrar su poder contra la Iglesia. ¿Cuál es el hombre, cuál la clase social, cuál el Estado, que no ha contribuido con todas sus fuerzas á hacer del principio socialista: «La religión es asunto privado», el más común de todos los principios para los hombres modernos? ¿No hace ya mucho tiempo que todas las corporaciones de oficiales, que todo el ejército de empleados, no juzga y no vive, sino en armonía con él? Y gracias todavía si son bastante tolerantes para dejar que se practique la religión en la vida privada. Declaran los jurisconsultos que el derecho no puede ocuparse ni en la moral ni en la religión; los hombres de Estado exigen que se tome el poder por el derecho, y lo accesorio por lo necesario; desean los artistas que se liberte á la belleza de las cadenas de la moral; reclaman, por su parte, los vividores que se desligue la moral de los lazos de la religión y de la conciencia; enseñan los filósofos que el hombre es su propio dios, su único legislador; los sabios de toda especie predicán que el hombre moderno no debe soportar ya más cadenas, que todo dogma, toda opinión que no varíe, es un anacronismo, que la libertad y el cambio de convicción son condiciones indispensables para elevarse á la verdadera cultura de la época. Los políticos, los diputados, los jefes de partido y los oradores proclaman en todas las reuniones, á los electores, que no habrá dicha en este mundo, mientras que las exigencias indispensables de la época no se realicen por completo, á saber, la libertad de pensamiento, de la prensa, de conciencia y de cultos. Los demagogos dicen que el pueblo debe volver contra el enemigo sus armas y aprovecharse de las ventajas del dinero y del poder que ahora sirven para oprimirlo. Y todos trabajan para hacer al pueblo tan grosero, violento y rebelde, que no sea ya accesible á ninguna palabra de sosiego, á ninguna serena reflexión. ¿En dónde se encuentra ya un hombre que no haya tomado parte en

esto, que no tenga culpa en esto, ora pertenezca á las clases elevadas, ora al pueblo bajo, ora á los propietarios, ora á los revolucionarios, ora á los gobernantes, ora á los empleados, ora á los maestros y discípulos, ora á los campesinos, ora al género masculino, ora al femenino?

Añádese á esto la vida externa y la vida política. Las ideas socialistas ganan terreno por modo aterrador. Cada período electoral ve crecer el número de los que se adhieren á ellas abiertamente. ¿De qué proviene esto? La propaganda socialista—se dice—se hace con una actividad que no es posible imaginar. En el año de 1890, contaban los socialistas con más de 60 periódicos que tenían 254,100 abonados, más de 41 listas de asociación con 201,000 abonados, y muchas otras publicaciones científicas y recreativas con 128,000 suscriptores. ⁽¹⁾ ¿Hay que asombrarse de que causen estragos? Evidentemente, cifras son estas que dan que pensar, pero es también un proselitismo que la buena causa debería imitar.

Sin embargo, nos parece que, con todo esto, está uno muy distante de haberlo dicho todo. Fuera de sus propias esferas, tienen también los socialistas auxiliares que hacen propaganda en su provecho. Si éstos no preparasen el terreno y no cultivasen los gérmenes, sería muy difícil á los verdaderos socialistas difundir sus ideas; pero con frecuencia no hacen más que recolectar lo que los otros han sembrado, cultivado y madurado. ¿Quién trabaja más en la difusión de las ideas socialistas, los que dicen que todos los hombres han nacido para el trabajo, ó los que, según la antigua concepción pagana, tratan como indigno de consideración social á todo el que está obligado á ganar su pan con el sudor de su frente? ¿Quiénes son los

(1) *Protocolo del Congreso de Halle*, 1890, p. 35. En 1895, contábase en Alemania 75 periódicos diarios, ó apareciendo una ó varias veces á la semana, y, además, 53 publicaciones técnicas. El *Vorwärts*, órgano central de los socialistas alemanes, tenía 45.000 suscriptores (*Allg. Evang. Luth. Kirchenzeitung* de 31 de Mayo de 1895, 519). En Inglaterra, la revista socialista *Merrie England* de R. Blatchford (*Nunquam*), el editor de *Clarion*, ha logrado en poquísimos tiempo 8 ediciones con 850.000 ejemplares.

más peligrosos para la sociedad, los trabajadores que no se sentirían disgustados de no ver en su mesa más que las insustituibles patatas, ó los Gambettas grandes y pequeños, que no conocen más que un evangelio, su Brillat-Savarín, que no tienen más que un artículo de fe, y que consideran la invención de un nuevo plato más útil para el género humano, que el descubrimiento de una nueva estrella? Ciertamente que es difícil discutir con los socialistas pobres, los cuales parecen atacados de epilepsia cuando se les dice que la tierra no es más que un valle de lágrimas, que es preciso hacer habitable con la paciencia, la resignación, la modestia, y la mirada de esperanza lanzada á un más allá mejor; pero, ¿de dónde proviene el odio de éstos contra la doctrina cristiana de la penitencia, del sacrificio, de la renuncia personal, sino de esa sabiduría liberal, en cuyo nombre condenó Goethe la doctrina de la Cruz y del Crucificado, como escuela de fealdad, en cuyo nombre, Rückert vuelve la espalda al Cristianismo, pues le parece bueno tan sólo para morir, en cuyo nombre enseñaba Spinoza que la verdadera filosofía sólo se propone una cosa: acomodarse á la vida? Y esos miles de personas que, frente á la miseria, á pesar de todas las murmuraciones de las masas, despliegan un lujo oriental y un oriental desprecio del hombre, tan grandes, que no parece sino que quieren provocar con su arrogancia y su desdén la cólera de las masas; todos esos jefes de la sociedad, que despliegan tanta indiferencia para con la miseria, para con las justas reclamaciones del pueblo, como los contemporáneos de Voltaire, ¿no son todos ellos apóstoles del socialismo y del anarquismo, y quizás los más eficaces?

6. Las simples medidas externas con relación á las ideas modernas, sin la condenación interna de éstas, no hacen más que aumentar el mal.—De este modo, todos trabajan en minar los fundamentos de la sociedad, por lo que todos serán igualmente culpables, si estalla ésta hoy ó mañana. Nuestra época, presa de inconcebible ceguedad, está persuadida de que, mientras se mantenga con energía

el orden externo, mientras haya suficiente policía y fuerza armada, no hay que temer por la existencia de la sociedad. Esto es una ilusión muy grande, y por dos razones. En primer lugar, es un error creer que la miseria aplastadora y las otras necesidades externas son las únicas que nos han conducido á la situación presente. Hubo un tiempo en que la situación pública era mucho más difícil que ahora. En particular, la suerte de los trabajadores es, desde hace algún tiempo, relativamente mejor que antes, y, en todo caso, es muy superior á la de gran número de empleados de ínfima categoría, que la miran con envidia. Sin embargo, no pasa día que no confirme la verdad de estas palabras:

«Hay muchos descontentos, muchos que meditan nuevos proyectos, que descansan completamente armados, y que, hacia media noche, se lanzan fuera de su lecho. Con el oído atento, escuchan ansiosamente, en el silencio de la noche, si oirán el cañón de alarma. El mundo entero se parece á una inmensa mina». ⁽¹⁾

Sí, una mina parece el mundo, una mina de dinamita. Pero la pólvora con que está cargada no es, propiamente hablando, la miseria de la época, sino el espíritu de la época. Las ideas modernas; he aquí lo que fermenta y amenaza con hacer saltar los canales porque circulá. Todo el que contribuye á su fermentación, tiene, por consiguiente, su parte de responsabilidad en ese trabajo que puede arruinar el orden del mundo.

Así, pues, es completamente en vano querer apaciguar la tempestad con medidas de violencia. ¿Cómo pintar debidamente la perversidad de los que, con sus palabras y escritos, y más aún, con sus actos y ejemplos, echan constantemente materias inflamables para hacer saltar la mina? ¿Qué decir de los que, para conjurar la explosión, cubren esta mina con una policía y una fuerza armada que aumenta constantemente? ¿Por ventura impedirán estos medios que estalle dicha mina?

(1) Prutz, *Moritz von Sachsen* I, 2.

«Los hambrientos, los mendigos, los vencidos de la vida, los que en el mundo de Dios nada poseen, los que no esperan más que la muerte, ¿cómo podrán observar el precepto divino de la paz, si vosotros lo pisoteáis?» ⁽¹⁾

Aquí es donde encontramos la causa del mal. Las ideas modernas han cargado la mina. La vida que se orienta según ellas, es la tea que las ilumina. Con medidas externas de policía, con paliativos superficiales, con acomodamientos diplomáticos, no se impedirá su estallido. No hay otro medio que vaciar su contenido pernicioso. El mundo no puede sanearse, sino poniendo en lugar de las ideas modernas las antiguas leyes de Dios, cuyo valor no disminuye nunca, el respeto sagrado á la autoridad observado por deber de conciencia, el reinado de la verdadera moral, de la verdadera piedad y de la verdadera religión. Mientras que no rompamos con el espíritu del tiempo, mientras no sustituyamos la corrupción actual con un cristianismo viviente, un cristianismo según el espíritu de la Iglesia, todos seremos responsables, si el orden del mundo se reduce á escombros.

7. Perspectivas que ofrece el mundo.—Á tal extremo han llegado las cosas, que pocas esperanzas tenemos de ver libre la sociedad de la catástrofe que le amenaza. Sin embargo, no perdemos la esperanza de que el espíritu de Dios induzca á los hombres á entrar en sí mismos y á convertirse. Estos motivos sobrenaturales son los que nos mantienen en el camino de la esperanza. Pero si se trata del mundo, si hay que hablar desde el punto de vista puramente humano, debemos confesar que apenas si puede uno vislumbrar una esperanza por parte del corazón, pues, por parte de la cabeza, no hay que hablar. Sin penitencia seria, sin conversión completa, no hay salvación: un simple día de penitencia y oración, no es suficiente.

¿Pero podemos esperar un cambio semejante? El socialismo, con tono muy seguro, afirma que no. Herederas de la gran sucesión de los filósofos alemanes y de la ciencia ale-

(1) Prutz, *Moritz von Sachsen* I, 2.

mana; depositarias de las grandes ideas de la civilización moderna, las clases obreras—dice—son completamente dueñas del presente y del porvenir. ⁽¹⁾ ¿Quién ha sembrado en el mundo las ideas anticristianas, panteístas, ateas y materialistas?—exclama con aire de triunfo.—¿Ha sido acaso el socialismo? No; éste estaba aún en el seno maternal de la burguesía, cuando estas ideas vivían ya. Han sido los grandes poetas alemanes, los ilustres filósofos, los naturalistas modernos, Lessing, Goethe, Schiller, Kant, Fichte, Hegel, Schopenhauer, Feuerbach, David Strauss, Moleschott, Büchner y la escuela de Darwin. La burguesía ha alentado y sostenido todos estos esfuerzos, mientras no iban dirigidos más que contra la aristocracia y la Iglesia. ⁽²⁾ Ahora, estas ideas se han convertido en herencia del socialismo, el cual las vuelve contra la sociedad entera. «La democracia social—dice Bebel—no ha podido añadir una sola nueva idea á estos principios.» «Todos vosotros,—exclamaba, dirigiéndose á sus colegas liberales en el Reichstag—vosotros todos los que aquí os sentais habéis tomado partido por ella.» ⁽³⁾

También Vaillant, el anarquista, se defendió con Darwin, Büchner, Herberto Spencer é Ibsen, y decía que sólo profesaba los principios que había aprendido de estos maestros. Verdad es que le contestaron que semejante defensa era ridícula y escandalosa; que gentes que se traguen sólo algunos trozos de la cultura moderna, sin poder digerirlos, deberían ser más modestos, y no escudarse con el nombre de los grandes maestros liberales. Pero si estos bocados son indigestos, ¿por qué los lanzan al mercado semejantes maestros? ¿Quién es el culpable, el que daña ó el que se daña? Pero ¿modifica esto en algo el hecho de que la revolución religiosa y moral, la cual ha conducido á la anarquía, provenga del liberalismo?

(1) *Vorwärts*, 18 de Junio de 1891.

(2) *Sozialdemokrat*, 15 de Febrero de 1883 (Winterer, *Die soziale Gefahr*, 30).

(3) Winterer, *Der internationale Sozialismus*, 27 y sig.

Ciertamente, Bebel y Vaillant tenían razón. Jamás un representante convencido de las ideas modernas, se ha atrevido á dar un solemne mentís á la pregunta que Strauss formulaba, y resolvía negativamente, en nombre del mundo sabio: «¿Somos todavía cristianos?» «Si consideramos únicamente como cristianos—dice Paulsen—á los que piensan y viven como lo hacían las primeras comunidades cristianas, Strauss ha dicho la verdad: el símbolo de los apóstoles no es ya la fórmula apropiada á las convicciones de nuestra época.» ⁽¹⁾ «El coro de los espíritus escogidos—declara Teobaldo Ziegler—trabaja para hallar una compensación á la religión, compensación que todavía no se ha descubierto por completo, y de aquí que se conserve provisionalmente la antigua religión; la sociedad necesita un apoyo. Pero nadie puede negar el hecho de que la humanidad, destinada á sustituir á la religión, abandona por completo las concepciones de lo pasado.» ⁽²⁾ «Sólo los salvajes ó los medio civilizados creen todavía en una providencia, en una intervención de Dios en el mundo.» ⁽³⁾ «La humanidad es su propio Dios.» ⁽⁴⁾ «El símbolo con que la sociedad ilustrada actual emprende valerosamente la lucha contra todos los peligros, la consigna en todas las cuestiones litigiosas, es ésta: «Implorar la asistencia de Dios y de su Cristo, es una blasfemia contra nuestra naturaleza.» ⁽⁵⁾ «Rechacemos toda fe que no sea la fe en el poder y en la soberanía de la humanidad; ⁽⁶⁾ debemos poner nuestra esperanza en nosotros mismos.» Así habla el moderno escultor, el liberalismo.

Desde que el mundo no conoce otros soportes, estamos suficientemente autorizados para mirar con ansiedad el porvenir. La sociedad carecerá de defensa contra el socialismo, si no abandona resueltamente todas esas ideas que

(1) Paulsen, *System der Ethik*, (1), 122 y sig.

(2) *Allgemeine Zeitung*, 1889, 140, Beil. 2.

(3) Gizycki, *Moralphilosophie*, (1), 413.

(4) Jodl, *Geschichte der Ethik*, II, 385.

(5) Gizycki, *Moralphilosophie*, (1), 366, 411 y sig.

(6) Jodl, *Geschichte der Ethik*, II, 222.

han sido sus precursores, sus adalides y sus mejores compañeros. ¿Comprenderá ella esto? No nos atrevemos á decir sí ni no; pero un espíritu que conoce perfectamente el mundo lanza á los liberales esta respuesta:

«Nos habéis arrebatado á Dios del mundo, y ahora que está privado de su auxilio, cae el pueblo en un delirio inaudito. El animal que lleva en sí, se revela, lanza aullidos salvajes, y echa por tierra las columnas de la civilización. Entre tanto vosotros, continuando vuestros cálculos, os quedáis en vuestras casas alegres y tranquilos». ⁽¹⁾

(1) Jordan, *Demiurg*, II, 142.

SEGUNDA PARTE

EL DERECHO

CONFERENCIA IX

EL DERECHO Y EL ORDEN NATURAL DEL MUNDO

1. **Respetar por modo exagerado la naturaleza, es rebajarla.**—Aunque se negasen todas las doctrinas de la Revelación, siempre quedaría una intangible mientras haya una historia de la humanidad; tal es el principio según el cual pesa sobre el hombre una maldición. Allí donde se encuentre, la llevará siempre consigo. Si se interesa por una cosa, no tardará en malearla la desgracia. Si pronuncia una palabra, puede estar bien seguro de que no se tardará en abusar de ella en vastas proporciones, y de que se desfigurará su verdadero sentido.

Uno de los términos destinados á ofrecer de esto la prueba más palpable es la palabra naturaleza. Dos veces ha representado esta palabra un gran papel, un papel fecundo en influencia en la historia de la civilización: en la época, en que agonizaba la antigüedad, y en los tiempos modernos, cuando nació el Humanismo, época en la cual nuestra civilización entró en la misma vía que Atenas dominada por Pericles y Roma por Augusto. En estas dos épocas, no se hablaba más que de la naturaleza, procurando hacer derivar de esta palabra todas las leyes que rigen la vida, así como la regla encargada de fijarlo todo: civilización, arte, literatura. Todo el mundo juraba por la naturaleza. Pero es inútil decir nada más sobre esto, ya que hemos hablado de ello en otra parte. ⁽¹⁾ Bástenos simple-

(1) Vol. III, I, 2; II, 17.